

ALEJANDRA SÁNCHEZ VALENCIA*

Una pincelada del constructo literatura infantil y juvenil (un paradigmático ejemplo con Louisa May Alcott)

A Glimpse of the Children's and Young Adult Literature Construct (A Paradigmatic Example with Louisa May Alcott)

Resumen

En el presente artículo se hará una revisión a los inconvenientes de definir a la literatura infantil y juvenil (LIJ), y cómo ha cambiado la perspectiva a través del tiempo, en combinación con cultura y lugar. Se ejemplificará con el peculiar nacimiento de *Mujercitas* y su saga escritas por Louisa May Alcott en el siglo XIX.

Palabras clave: LIJ, literatura infantil y juvenil, niño, niñez, Louisa May Alcott

Abstract

This article is a glimpse of the inconveniences about defining Children's and Young Adult Literature and how perspectives have changed through time depending on culture and place too. A glance about Louisa May Alcott's *Little Women* saga as a peculiar example.

Key words: YA Literature, Children's Literature, child, childhood, Louisa May Alcott

Fuentes Humanísticas > Año 35 > Número 66 > I Semestre > enero-junio 2023 > pp. 103-112.

Fecha de recepción 02/11/2022 > Fecha de aceptación 12/04/2023

sva@azc.uam.mx

* Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

Introducción

En el presente artículo se realizará un rápido recorrido sobre el constructo de la literatura infantil y juvenil para entonces arribar al paradigmático ejemplo de Louisa May Alcott –autora de *Mujercitas* (1868) y la saga de la familia March que le siguió: *Más cosas de mujercitas* (1869), *Hombrecitos* (1871) y *Los muchachos de Jo* (1886). El artículo se dividirá en cinco pequeñas secciones que apunten hacia dónde poner la mirada en este vasto sistema de la literatura infantil y juvenil (LIJ), con especial énfasis en los Estados Unidos y su relación con el Reino Unido, en un intenso recorrido cronológico, que solo apunta a lo más relevante en el tratamiento de ésta y el caso de Alcott. Todo ello para comprender, en un momento dado, por qué en tiempo, espacio y cultura se puede privilegiar o no determinada producción.

Literatura infantil y juvenil (LIJ): una definición escurridiza

En México hay un refrán que dice que “en la casa del jabonero el que no cae resbala”, y eso es justamente lo que sucede con la LIJ porque es un constructo que se apoya en otros bastante escurridizos. Antes, se le consideraba un género menor; hoy en día se hace referencia a ella como un sistema, un corpus literario, escrito para los niños y que leen los niños. El estudioso inglés, Peter Hunt, con larga trayectoria en este campo señala: “I want to look at it as an important ‘system’ of its own,

not as a lesser or peripheral part of ‘high culture’”¹ (Hunt, 1994, p. 7).

Y ahí da inicio el problema número uno: ¿Y si lo que está escrito no fue pensado para los niños como fue el caso de *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe o la sátira *Gulliver’s Travels* de Jonathan Swift, pero los infantes se las ingeniaron para hacer propias esas lecturas? ¿Deja de ser literatura infantil y juvenil? ¿Y si por ejemplo está escrita para la niñez, pero son los adultos los que se apropian de ella como fue el caso de *Alice’s Adventures in Wonderland* de Lewis Carroll, deja de formar parte de la LIJ? Entonces ahí empieza esta cuestión escurridiza. Más aún, ¿qué vamos a entender por niño? ¿De qué edad a qué edad se es uno? Pues tendrá que ver siempre con cultura, tiempo y espacio; porque no ha sido la misma percepción a lo largo de la historia. Una definición era entender por niño y la niñez ese periodo en que hay mucho juego y no hay responsabilidades de tipo económico como para que los menores tengan que trabajar: “[...] childhood is the period of life which the immediate culture thinks of as being free of responsibility and susceptible to education”² (Hunt, 1994, p. 5).

Pero, ¿y en qué rubro quedarían clasificados los pequeñines que salen a la calle o están en el campo y ayudan a llevar un ingreso a la familia? Y tenemos otra situación, ¿qué sucede con los no tan chi-

¹ A partir de este momento y como una cortesía al lector, de no señalar lo contrario, la traducción es mía: Quiero verlo como un “sistema” importante en sí mismo; no como uno de menor rango o periférico a “la alta cultura”.

² La niñez es el periodo de la vida en que la cultura del momento la considera libre de responsabilidades y apta para la educación.

quitos que se la pasan de beca en beca y cursan licenciatura y maestría; y luego, segunda, tercera y cuarta maestría, doctorado, posdoctorado y no existe la práctica laboral pero siguen siendo susceptibles de educación? ¿Esos adultos son niños? Este tipo de reflexiones en torno a los actores del constructo hace que las definiciones patinen de un lado a otro. Se propone, entonces que al realizar algún trabajo sobre LIJ siempre se hable de cuál es el tiempo, el espacio y la cultura; pues ello nos dará una buena perspectiva de lo que vamos a tratar.

Jack Zipes (2002), estudioso estadounidense, ha trabajado mucho la cuestión folclórica y tiene una actitud un tanto irónica respecto a la LIJ porque dice que es todo lo escrito para niños, y eso puede ser desde la envoltura de un chicle hasta la caja del cereal, y además comenta que no se están haciendo lectores críticos, sino que se están entrenando para el consumismo. De la década de 1960 hasta la de 1980, el gobierno estadounidense aportaba fondos considerables a los bibliotecarios y ahí los niños (o los papás de éstos) no tenían que estar preocupándose de qué se le iba a comprar a los hijos para que leyeran; simplemente en las bibliotecas de sus colonias, de la escuela, etcétera, existía “el acervo”.

En 1980 se deja de otorgar dicho fondo, pues hay un problema de austeridad a nivel nacional; empero, los niños ya contaban con “su domingo” –ese dinerito otorgado por los padres en casa para que los infantes empiecen a administrarse y prioricen en qué lo quieren invertir o gastar–. Así, al hacer uso de ese presupuesto personal vienen estas figuras de las grandes cadenas comerciales donde quienes brindan el servicio no son expertos en li-

teratura, sino vendedores. La crítica que hace Jack Zipes (2002, p. 19) es que de ese modo únicamente se está entrenando a la niñez para ser fiel a una marca comercial; aunque el asunto entero esté disfrazado de: “los de una marca X” van a cooperar con tantas computadoras para determinada escuela, así como con una cierta cantidad de libros que donarán si se consume el o los productos en el número que ellos especifiquen. Se enseña, por lo tanto, a ser fiel a esas empresas.

Por otra parte, el teórico señala que, en el estado del arte y profesionalización de la LIJ en los Estados Unidos, para 2002 ya eran dos mil las universidades que ofrecían materias al respecto, además de diplomados, maestrías y estudios doctorales. Y entonces hay una paradoja: la LIJ es consumida y leída por los adultos (no sabemos entonces cuál es el porcentaje de niños y jóvenes lectores) y, de aquellos, el noventa por ciento de los catedráticos que la enseña está conformado por mujeres y otro tanto por autoras: “About 90 percent of the professors in the field of children’s literature are females, which may parallel the percentage of women in children’s book publishing [...]”³ (Zipes, 2002, p. 55).

³ Aproximadamente el noventa por ciento de los catedráticos en el área de la literatura infantil y juvenil son mujeres, lo cual puede equipararse al porcentaje, también de mujeres, en la publicación de libros para niños.

Otro mito para resbalar: LII son los cuentos folclóricos o maravillosos

Muchas veces se ha pensado que la literatura infantil y juvenil es el equivalente a los cuentos folclóricos, pero no es así. Forman parte de la oralidad compartida a nivel familiar en los pueblos de las diversas regiones del mundo, y se transmitían de generación en generación; además, la manera en que se abordaban no tenía censura alguna. Eso vino después, en especial durante el siglo XIX por la cuestión de los nacionalismos, las situaciones lingüísticas y las tendencias a la clasificación que se daba en la ciencia.

Pensemos por un momento en un cuento folclórico como "La Cenicienta", donde el imaginario nos lleva a la versión producida por Disney, y luego tenemos contacto con la versión original recopilada por los Grimm y nos enteramos, por ejemplo, que la magia venía del almendro que la joven plantó en la tumba de su madre y regó con sus propias lágrimas. Y que una de las triquiñuelas empleadas por una de las hermanastras por consejo de su madre fue cortarse el pie para que cupiera en la zapatilla y se casara con el príncipe; cometido que casi logra salvo que unas aves denuncian el engaño cuando está por llevarse a cabo la ceremonia nupcial y sacan los ojos de las hermanastras dejándolas tuertas. Hoy en día parecería inimaginable relatar ese cuento de ese modo; y ya se verá, líneas más abajo, con quién y cuándo se empiezan a dar cambios para considerar los cuentos folclóricos como un corpus de lectura infantil.

Por lo pronto, que nos baste saber que de la Cenicienta hay unas 345 versiones,

incluso en África, y que en Noruega existe una versión masculina para el personaje (una suerte de Ceniciento): "Askelad"; mientras que, en México, en 1951, en la colección de *Los cuentos de rancho* de Pascuala Corona, hay también una versión masculina con "Carbonerito" (Sánchez Valencia, 2010).

En un principio no era propiamente la lectura; sino la oralidad, así como las cuestiones nacionalistas y de clasificación por temática y región, además del orgullo por la lengua que se hablaba. Lo que hizo la gran diferencia fue el trabajo de campo llevado a cabo por los estudiosos, el ir de región en región entrevistando a las contadoras de cuentos y fijándolos por medio de la escritura. Así se atesoraba un corpus regional y nacional. También se cayó en la cuenta de que había variantes de los mismos cuentos, incluso en zonas bastante distantes.

En la cuestión lingüística podían delimitarse las isoglosas, esas demarcaciones que mostraban de qué territorio a qué territorio se utilizaba cierto vocablo, pero cambiaba en otro. Y fruto de ello son los diccionarios.

Los cuatro grupos nacionales cuyos cuentos han tenido más difusión y reconocimiento, y que son parte de un gusto compartido entre los lectores son los franceses, los alemanes, los ingleses y los noruegos; no porque sean los únicos, pero sí los que de manera muy temprana realizaron trabajo de campo, hicieron uso de la imprenta e iniciaran su difusión.

Dentro del imaginario compartido en el acervo lector y cuyos recuerdos pudieran habitar en la mente y el corazón de más de uno, encontramos la herencia de lo francés con Charles Perrault en

“Caperucita roja”, “Barba azul” o “El gato con botas”. En Alemania, el trabajo de recolección, registro y clasificación de los hermanos Grimm dio lugar tanto a su gramática como a un diccionario, y a dos volúmenes de cuentos. Los Grimm iniciaron como bibliotecarios, y en una época en que prevalecía el romanticismo europeo, realizaron un trabajo de tipo filológico, pues en la tradición oral de los relatos estaban las semillas de la cultura, la lengua y la literatura nacional. Todo ello sentó las bases para los estudios de folclor. Eventualmente ambos ejercieron como catedráticos. Algunos de los cuentos recordados son “Blanca Nieves”, “Hansel y Gretel”, “Rapunzel” y “La bella durmiente”, entre otros.

En el caso del zoólogo Peter Christian Asbjørnsen y el teólogo Jörgen Moe, durante su trabajo de recolección y sistematización de los relatos en Noruega, además de la recopilación sobre todo tipo de aventuras con los “trolls”, tenemos el famosísimo cuento “Al este del sol, al oeste de la luna”. Por otra parte, Joseph Jacobs, aunque australiano, se interesa en llevar a cabo el registro de las narraciones en Inglaterra y ahí es donde empieza a cambiar el panorama. El objetivo era colaborar con la sociedad folclórica y luego el entretenimiento de los niños ingleses. Recordemos y consideremos, que la cuestión de la rivalidad entre el entretenimiento y la instrucción ha estado en el corazón de la literatura, pero muchísimo más en el de la LIJ. Algunos cuentos célebres anglosajones que podríamos evocar con facilidad debido a que han sido parte de nuestro acervo lector son: “Ricitos de oro”, “Los tres cochinitos”, “Jack y las habichuelas mágicas”. En este grupo de cuentos, a diferencia de los an-

tes comentados, hay notas, referencias, el lenguaje original se homogeniza y se omiten los dialectos.

Una de las razones por las que siglos después, los cuentos folclóricos o maravillosos forman parte del corpus de la LIJ, radica en los frutos que produce en los lectores, en especial por el modo en que fortalecen e instilan espíritus inquebrantables, tal cual señala la estudiosa May Hill (Arbunoth, s/a, p. 283): “Whether or not children are conscious of it, these stories may become sources of moral strength – a strength which is part faith, part courage, and wholly unshakeable”.⁴

LIJ: entretenimiento o rigor

Desde el año 1922, en Estados Unidos, cada año se hace entrega de la medalla John Newberry a lo que se considera el mejor libro infantil de la nación. Fue creada por los libreros, pero después, quienes hacían el reconocimiento eran los bibliotecarios.

Conviene ubicarse en tiempo y espacio: en Inglaterra existía una tradición puritana muy fuerte, en que al niño se le consideraba, desde que estaba en el vientre de su madre, como una fuente de pecado, alguien que iba a transgredir, todos los códigos morales, si desde chico no se le atendía. ¿Y cómo se haría eso? Enseñándole a leer *La Biblia*, porque entonces el miedo era que se fuera al infierno debido a una temprana muerte. Los libros con

⁴ Ya sea que los niños estén conscientes o no, de ello; estas historias pueden tornarse en fuentes de fortaleza moral: una fuerza que en parte es fe, coraje, y en suma una totalidad inquebrantable.

ese código puritano eran muy estrictos, así que cuando, en el siglo XVIII, John Newberry –como librero inglés–, decide dar un giro de tuerca a la literatura, añade el entretenimiento; al puro rigor se le hace a un lado. Newberry había leído a John Locke, quien hablaba de que el niño era una “tabula rasa” y que se le iba construyendo.

Si bien es cierto Newberry se dedicó a imprimir una serie de libros para adultos y difundirlos, resulta sorprendente que cuatrocientos fueron dedicados a la niñez y que fue a él a quien se le ocurrió hacer ediciones bonitas de los cuentos folclóricos, con pastas atractivas, ilustraciones que llamaran la atención y que se cuidara el lenguaje. A partir de este momento podemos entender por qué a los cuentos folclóricos o maravillosos se les asocia como sinónimos de LIJ.

Veamos otro ejemplo a propósito del entretenimiento: *El progreso del peregrino*, escrito por el anabaptista John Bunyan en 1678 donde se narra esa transición de todos los seres humanos por la Tierra, que es un viaje –o debería serlo–, pensando en ir luchando contra nuestros propios defectos y nuestras propias tendencias para llegar un día a la Ciudad Celestial. Se dice que después de *La Biblia*, es el segundo libro más leído en el mundo. Y aunque no fue escrito para niños, la lectura resultaba tan entretenida, que los infantes vieron el modo de irse apropiando de algo que no estuvo pensado para ellos.

Pensemos ahora en Henri Hoffman, del siglo XIX; en realidad era un cirujano que deseaba dar un regalo de cumpleaños a su pequeño hijo, y al revisar la oferta editorial de su tiempo, decidió él mismo hacer su propia edición e ilustrarla. Él pensaba que la mejor manera de advertir a los niños era ilustrando las consecuencias

(bastante hiperbólicas, por cierto) de no portarse bien, además de “engancha” al escucha por medio de las rimas. Tal fue el nacimiento de *Struwelpeter* (1845), que en español se conoce como *Pedro melenas* y que en realidad es una colección de varias historias sobre niños desobedientes (Carpenter y Prichard, 1984). Basado en lo que se conocía como la pedagogía del terror, una de las narraciones trata sobre un niño que se chupaba los pulgares y ya lo habían amonestado sobre la posibilidad de que llegara el sastre con sus tijeras si reincidía en la falta y le cortara esos dedos –lo que finalmente sucedió–. (No es de extrañarse entonces que su castigo fuera el mismo que aquél que prometía en su campaña de 2018 el candidato neolonés Jaime Heliodoro Rodríguez Calderón, mejor conocido como “El Bronco” para ser gobernador: “mochar las manos” a los ladrones). Y así vemos, con dos siglos de antelación, que al pobre personaje le cortan los pulgares no por ladrón, sino por desobediente.

En el mismo tenor de esa pedagogía del terror o “cuentos de advertencia”, y en la misma recopilación de *Struwelpeter* también se cuenta con “La trágica historia de Paulina y los cerillos”; una niña con fascinación pirómana, que ve en los fósforos un juguete excepcional, pero a la que ya han dicho que puede suceder un accidente. A ella no le importa, los prende y la consecuencia fue que se incendió su vivienda y murió. Como vemos: más claro ni el agua.

De los *chapbooks* a los tractos

Hannah More, Maria Edgeworth y Mary Martha Sherwood, fue una triada de auto-

ras de Reino Unido que fueron criadas de manera rigurosa, que apuntalaron hacia una transición más lúdica y menos severa en los escritos para la niñez y la juventud. Hannah More, de acuerdo con Carpenter y Prichard (1984), es quien inicia con la tradición. Ella observa que hay unos libros –que en realidad son como cuadernillos o panfletos–, en los que vienen lo mismo cuentos de hadas que baladas. Su presentación era muy rústica, y una vez más estaban pensados como lectura de los adultos; además eran baratísimos, por ello “cheap books”, que de manera coloquial devino en “chapbooks”. Esto a ella le genera la idea, junto con Robert Raikes, de hacer un proyecto que se conoce como las Sunday Schools (escuelas dominicales).

Se debe recordar que los niños y jovencitos aportaban al ingreso familiar y era importante que en su día de descanso no desperdiciaran la vida en vicios, sino que participaran de lecturas edificantes que les guiaran sin que fueran seres supersticiosos por leer sobre hadas, brujas o duendes. Se necesitaba estar “sobrio” en la vida. El individuo debía tener control de sí mismo. Lo que va a cambiar con este nuevo tipo de material de lectura es que va a ser entretenido; y esta tradición inaugurada por Hannah More es la que siguen las otras dos autoras, que eran más jóvenes. Así nacen los tractos morales, que son la contrapartida de los “chapbooks” –aunque inspirados en ellos–, y que llegan a tener gran éxito.

Luego siguen los “Penny dreadfuls” y las “Dime Novels”, en Inglaterra, que tienen que ver con publicaciones que se dedicaban más bien a entretener, pero a raíz de “lo otro”, de la otredad; y en el caso de Inglaterra ellos querían decir aquellos

mundos donde abundaban los españoles, los italianos, los egipcios y los franceses, y que con tan solo diez centavos (de ahí el epíteto de “Dime Novel”), podría tenerse acceso a tales escenarios y personajes. Los “penny dreadfuls”, en cambio, hacen alusión también a lo exótico, a la otredad en Estados Unidos, específicamente con sus tribus oriundas, con sus propios grupos indígenas. El epíteto a dichos escritos hace referencia, nuevamente, a la cantidad que costaba adquirir una novelita: un centavo.

Todo esto tendrá sentido en el siglo XIX cuando el editor Thomas Niles de Roberts Brothers invite a Louisa May Alcott, a dos años de transcurrida la Guerra de Secesión, a escribir un libro para jovencitas.

A la propuesta recibida por Alcott ella responde que sí pero sin decir cuándo, sin poner fecha por una simple razón: a ella más bien le gustaba lo gótico y era de las que escribían “penny dreadfuls”, por la simple razón de que eran muy bien pagados, se escribían rapidísimo, y en su familia había muchas deudas que saldar.

Un paradigmático ejemplo con Louisa May Alcott y la saga March

Al momento contamos ya, tras este breve recorrido, con una panorámica de la literatura infantil y juvenil antes y en los tiempos de Louisa May Alcott. Hemos visto cómo se conformaba la dieta lectora de la época, lo que convivía, y la transición en ciernes para el mundo editorial.

No es de extrañarse que, si la dieta lectora de las Trece Colonias se nutría por lo importado de la Madre Patria, repleta de un rigor puritano cuyo principal objetivo era que la niñez aprendiese a leer de

inmediato para tener acceso a *La Biblia* y así salvar el alma, esta postura permaneciera en el Nuevo Mundo durante bien entrado el siglo XIX, a pesar de su Independencia y expansión hacia el Oeste.

Por lo tanto, la presencia de Louisa May Alcott fue un giro total de 180 grados desde su propia postura y convicciones (Sánchez Valencia, 2017). Su familia y los amigos de ésta, pertenecían a la Iglesia Unitaria –como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau–, entre otros, que unidos a Amos Bronson (padre de Louisa), conformaron el grupo filosófico de los trascendentalistas, que consideraban que el ser humano, desde niño, llevaba en sí el conocimiento universal, solo que necesitaba de la guía de los adultos para revelar esa verdad interna, con la que ya habían nacido y que, con las actividades adecuadas, se formarían como seres integrales en lo físico, mental y espiritual.

Louisa May Alcott, que vivía los múltiples e históricos cambios en su nación: la expansión territorial, la transformación de nación agrícola a industrial (lo cual aceleraba todos los procesos y producía cambios en la economía y el actuar), la lucha por la abolición de la esclavitud y el sufragio de las mujeres y las constantes inmigraciones a territorio nacional. Además de la ansiedad de tantos frentes abiertos al mismo tiempo; como para desear que los hombres y las mujeres del futuro tuvieran una brújula interna que les ayudase a redireccionar el timón cuando errasen el camino; que fueran ciudadanos críticos, conscientes, observadores de sí mismos y de su entorno, valientes y portadores de aquél triple código moral que las casas editoriales y los guardianes de la lectura (padres y maestros) buscaban

en los escritos “love, labor and hope”, es decir: amor, trabajo y esperanza (Marsella, 1983, p. 130).

Solo un individuo lo suficientemente fuerte de espíritu podría andar de frente al futuro sin importar cuántas incertidumbres hubiera en el camino. Sería un ciudadano en el que cualidades como ser trabajador y diligente, empático con los otros y compasivo, traería aparejada una mejor sociedad pese al connato de resquebrajadura nacional que acababan de sufrir los Estados Unidos de 1861 a 1865 en el corazón mismo de la patria con la Guerra de Secesión.

Así que, lo que en apariencia fue una mera casualidad: el que Thomas Niles, editor de Roberts Brothers, la invitara a redactar una novela para señoritas, con la cual y sin saberlo, inaugura un nuevo género literario: la “Family Story” –que es una de las aportaciones de los Estados Unidos en el mundo editorial y que se exporta a nivel internacional–, resultara una lectura familiar y no solo de jovencitas como tantas veces pudo creerse.

De acuerdo a May Hill (Arbunoth, s/a), en dicho género, los personajes son los miembros de una familia, los temas no solo se circunscriben a lo doméstico –a diferencia de la novela doméstica cuyos orígenes se rastrean en Inglaterra con *Pamela* y *The Vicar of Wakefield*, pues observamos las constantes migraciones a lo largo de la saga de cuatro novelas de la familia March iniciando con *Mujercitas* (1868) y culminando con *Los muchachos de Jo* en 1886, donde los personajes se desplazan no solo dentro de la nación, sino por el mundo.

La escritura de la autora resulta ágil y entretenida al tiempo que espejea a

una nación que se identifica con la familia March y apuntala una identidad nacional con unos cuantos recursos literarios como son: metonimia, oposiciones binarias, acumulación, sinécdoque, metáfora, hipérbole, parábola y alegoría; además de aspectos lingüísticos en tanto gráficamente se percibe los orígenes de los diferentes personajes que podían ser del norte, del sur; ingleses, alemanes, franceses o italianos, conformando así la antesala de uno de los pilares sobre los que descansa el credo estadounidense: un país que da la bienvenida a todos aquellos extranjeros que deseen formar parte de su cosmopolitismo que al final se acrisola –al menos en teoría o en el imaginario–, y se asimila en lo estadounidense.

Louisa May Alcott juega con la recreación de personajes con verdaderos dilemas que toman decisiones, piden auxilio y guía a los mayores, y viven también las consecuencias de sus actos, donde el salirse de la norma es una posibilidad de explorar y vivenciar rutas, no por maldad o porque se tenga al demonio en el cuerpo, sino porque algunos experimentan en carne propia y no en experiencia vicaria.

Jo March, uno de los personajes más entrañables y recordados de la saga, alter ego de la escritora Louisa May Alcott, con dulzura le dice a Dan, el jovencito rebelde y que a su vez actúa como otro alter ego, que esas ganas de salir corriendo y estrellarse con algo, ella misma lo experimentó, pero eso no es una cuestión de tipo moral, no es tener al diablo en el cuerpo, sino las ansias de libertad propias de la juventud: "it is not 'the devil', as you call it, but the very natural desire of all young people for Liberty. I used to feel just so, and once, I really did think for a

minute that I would bolt"⁵ (Alcott, 1978, p. 595).

La autora ha ofrecido un corpus en el que los diferentes lectores pueden sentirse identificados, en que los personajes son tan redondos que también pueden ser imitados, a diferencia de aquella literatura de la pedagogía del terror y la advertencia de la que ya habíamos hablado. En otras palabras: es un nuevo modelo y de ahí se derivarán las series de "Family Stories", como *The Five Little Peppers* de Harriet Mulford Stone Lothrop (Sánchez Valencia, 2017, pp. 40-41).

En el imaginario del credo estadounidense se afianza un sentido de identidad y se promueve en los niveles nacional e internacional. Una ráfaga de oxígeno puro en un ambiente editorial que buscaba independizarse de la otrora Madre Patria.

Conclusiones

A lo largo de esta pincelada del constructo literatura infantil y juvenil y un paradigmático ejemplo con Louisa May Alcott, se ha podido constatar la complejidad de este sistema que alguna vez fue considerado género menor.

Se ha reflexionado sobre lo escurridizo de los diferentes constructos en los que se apoya la LIJ, y algunas de las posturas tomadas a nivel diacrónico sobre la niñez y el tipo de lecturas que debían llegar a ella y por qué. También se ha constatado que si bien es cierto hay corpus

⁵ No es 'el diablo', como lo llamas; sino el deseo totalmente natural de todos los jóvenes de ser libres. Solía sentirme exactamente igual, y en una ocasión, incluso pensé que me desbocaría.

literarios a los que han tenido acceso los niños, fueran pensados y/o escritos para ellos o no –también los hicieron suyos–, además de considerar la profesionalización de la LIJ como un fenómeno reciente.

Al vivir en pleno siglo XXI y ser sobrevivientes de la pandemia de la COVID-19 aparejada a sus desgracias, es obvio que los modos de relacionarnos, de tener clases y de leer con las nuevas tecnologías han generado cambios dramáticos. ¿En qué forma repercutirá todo ello en el modo de describir al niño y a la niñez, al joven y a la literatura para ellos? ¿Al modo de crearla y analizarla después de su recién profesionalización en la segunda mitad del siglo pasado? ¿Hasta qué lugar del corazón llegará ese entrañable “Había una vez”? ¡Habrà que estar atento!

Bibliografía

- Alcott, L. (1978). *Little Women. Good Wives. Little Men*. Gran Bretaña: Octopus Books Limited.
- Arbunoth, M. (s/a). *Children and Books*. (3ª. ed.). Estados Unidos: Scott, Foresman and Company.

Carpenter, H., Prichard, M. (1984). *The Oxford Companion to Children's Literature*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

Hunt, P. (ed). (1994). *An Introduction to Children's Literature*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

Marsella, J. (1983). *The promise of Destiny: children and women in the short stories of Louisa May Alcott*. Westport, Conn.: Greenwood Press.

Sánchez Valencia, A. (2017). *Familia e identidad nacional en la novelística temprana de Louisa May Alcott*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Zipes, J. (2002). *Sticks and Stones. The Troublesome Success of Children's Literature from Slovenly Peter to Harry Potter*. Nueva York y Londres: Routledge.

Hemerografía

- Sánchez Valencia, A. (2010). “Carbonerito”: enlace entre el cuento popular noruego y el mexicano. *Tema y Variaciones de Literatura*. (34).